

# **El suicidio DE D José Luis Santa María.**

El día cuatro de Mayo  
Se esparcia la noticia  
Que se había dado muerte  
El señor Santa María.

Primeramente la jente  
Tal suceso no creía,  
Hasta que los diarios dieron  
Informaciones crecidas.

En razón era efectivo  
Todo cuanto se decía,  
Porque se había ultimado  
El señor Santa María.

Dicho señor subjerente,  
Como digo mui preciso,  
Era por cierto del Banco  
Llamado Valparaíso.

A las once, mas o menos,  
Tal caballero, es decir,  
Tomó la puerta del banco  
Que acabo de referir.

Un coche público, advierto,  
Tomó como doi a ver,  
Para irse a la oficina  
De un caballero Meyer.

Cuando llegó a la oficina,  
Al señor Meyer no halló,  
I sin tardanza ninguna  
Al banco otra vez volvió.

Antes de llegar al banco  
Aquel desgraciado ser,  
En el trayecto encontró  
Al caballero Meyer.

Pues habiéndolo encontrado  
Lo hizo subir al carruaje,  
I al banco se dirijieron  
Aquellos dos personajes.

En la oficina del banco  
Un corto instante estuvieron,  
I a la oficina de Meyer  
Ambos dos se dirijieron.

Una vez que ya llegaron  
A la oficina aludida,  
Subió al coche al poco instante  
El señor Santa María.

Al cochero le indicó  
En aquel instante fiel  
Que lo llevase en el acto  
A la oficina de él.

Pero antes de que llegase  
A la oficina ese dia,  
Cambió determinacion  
El señor Santa María.

Entonces dijo al cochero

Con presteza extraordinaria,  
No cortes a mi oficina,  
Sino a la Penitenciaria.

A la parte referida  
Una vez que ya llegó,  
Por el superintendente  
En el acto preguntó.

Pero no habiéndolo hallado  
En esos casos fatales,  
Se fué al cuarto de bandera  
I habló con dos oficiales.

Si acaso habia un empleado  
Preguntaba con voz grande,  
Para que fuese a llamarle  
A don Salustio Fernandez.

Al Banco Valparaiso  
Espresaba que era el punto,  
Pues porque con él tenia  
Que arreglar varios asuntos.

El oficial estrañaba,  
En tal caso doi a ver,  
De que viniendo del banco,  
No hubiese hablado con él.

Pero no habiendo un empleado  
Para su mando, salió  
A la puerta de la calle,  
I al mismo cochero halló.

Encargó al cochero mismo  
En aquel dia fatal,  
A don Salustio Fernandez

De que le fuese a buscar.

Una vez que ya se fué  
El cochero en aquel día,  
Volvió al cuarto de bandera  
El señor Santa María.

Un poco antes de la una,  
Se tocó, como aquí advierto,  
A tropa sin dilacion,  
Para el relevo, por cierto.

Por razon obligatoria  
El oficial ese día  
Lo tuvo que dejar solo  
Al señor Santa María.

I cuando ya se retira  
El oficial referido,  
Se dispara dos balazos  
El caballero aludido.

Cuando la detonacion  
Dió el estrépito grandioso,  
Acudieron en el acto,  
I ven el cuadro horroroso.

En una silla sentado  
El señor Santa María,  
El revólver en la mano,  
I sin aliento de vida.

Oh! qué escena sorprendente  
Fué la que ahí presenciaron!  
En aquel mismo momento  
A un practicante llamaron.

Los auxilios le prestó  
El practicante por cierto;  
Pero inútiles le fueron,  
En virtud que ya era muerto.

Sin demoracion alguna  
I sin mayor abstinencia,  
De tan terrible suceso  
Dieron parte a la Intendencia.

Pocos instantes despues  
De haberse telegrafiado,  
Llegaron dos caballeros  
A aquel sitio desgraciado,

Entre los cuales venia,  
Según lo que el diario advierte,  
El caballero Fernandez,  
A quien buscaba el inerte.

Otro momento mas tarde  
El juez del crimen llegó,  
I sin tardanza ninguna  
El sumario levantó.

Por fin, amados lectores,  
Les suplico por derecho,  
Dispénsenme este romance,  
Que a la lijera lo he hecho.

PEDRO VILLEGAS

Impr. de P. Ramirez.—Echáurren, 6.

Ver lira completa